

LITERATURA Y PENSAMIENTO: JORGE LUIS BORGES CRÍTICO

Desde hace tiempo he pensado en redactar de cada curso impartido unos apuntes que hagan patente el trabajo desarrollado durante el semestre y que, al mismo tiempo, me obliguen a escribir sobre la materia. Hasta ahora, de esta idea no he realizado sino esquemas —para mí imprescindibles en cada curso— y borradores de algunos puntos del programa. Pero me doy cuenta de que si logro mi propósito, lo escrito tendrá más la función de una memoria que la finalidad de ser usado en la siguiente ocasión, porque observo la marcada diferencia que hay entre un curso y otro en una misma asignatura, pues los cursos tienen un programa común, pero están separados ya por un año o por solamente algunas horas cuando corresponden a turnos diferentes del mismo semestre; cursos, en fin, en que los alumnos de uno y otro horarios hacen la diferencia.

La labor docente puede ser ampliamente innovadora, para que sea así requiere de no poca dedicación —aunque en la perspectiva de los administradores lo que parece tomarse en cuenta es sólo el tiempo pizarrón—. La consideración de este aspecto me motivó también a tomar el lápiz y el papel para escribir estas deshilvanadas líneas sobre la crítica literaria o, mejor, sobre la actitud crítica de Jorge Luis Borges: actividad y actitud que practicó desarrollando sus fecundas posibilidades. Ahora, me obliga a escribir no ya los apuntes del curso, sino algunas observaciones sobre la constante actitud crítica de Borges, de la que poco se habla explícitamente, pero que, a mi parecer, se distingue precisamente por su fuerza innovadora. No me refiero aquí únicamente a lo que conocemos como su obra propiamente de

crítica literaria; hago mención de algo más que podemos llamar su continua disposición a la perspicacia, que lo mueve a sortear el oportunista trasplante de posturas y procedimientos prestigiosos, para alcanzar, en cambio, nuevas perspectivas que son originales en él porque proceden de una necesidad interna. Me refiero a su probada capacidad de penetración que lo encamina al discernimiento y a la continua creación y experimentación de nuevas posibilidades que causan desconcierto en las consignas arbitrarias del poder cultural.

I

En sus libros *Discusión y Otras inquisiciones*, Borges nos muestra la vitalidad de la crítica que no se limita a una labor ancilar y que no es considerada como un simple *a posteriori* de la creación.

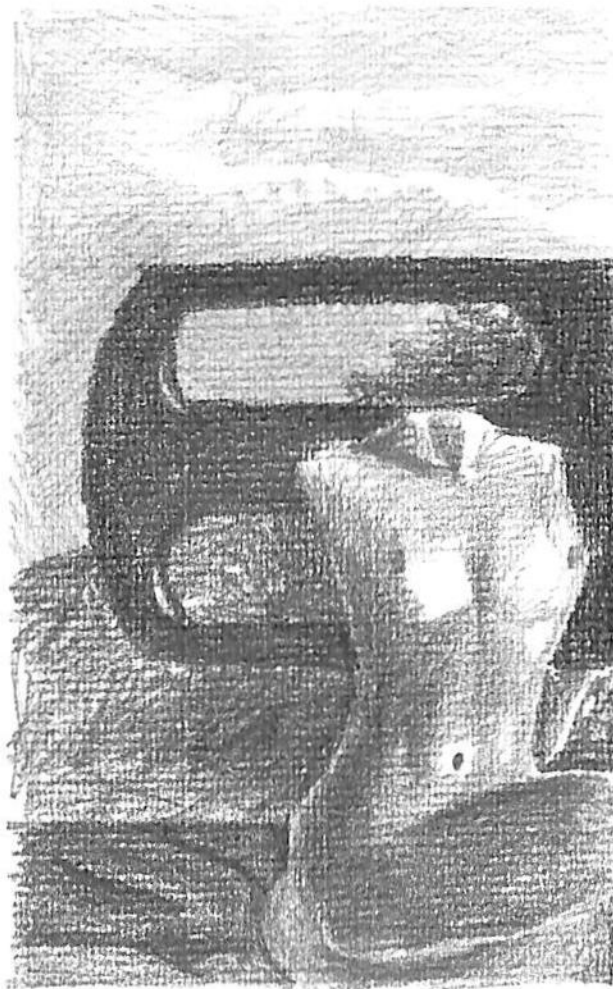
En estos libros establece disidencias, fomenta la confrontación y el diálogo y se arriesga a abrir otros caminos posibles porque no acepta el cómodo, partidario y repetido uso de ciertas modalidades consagradas de escritura. Su continua actitud inquisitiva se explica, en parte y con relativa facilidad, por su experiencia vivida en otras sociedades y culturas que le impidieron enaltecer a una de ellas sobre las otras, aunque se tratara de su cultura originaria. Cuando Argentina se vio urgida de definir una supuesta identidad nacional e intentó hacer del *Martín Fierro* y de la sociedad patriarcal del siglo XIX el prototipo de la esencia nacional, Borges se opuso a este proyecto y objetó la caracte-

rización épica de la obra; ofreció nuevas interpretaciones de ella y deslizó sutilmente la insinuación de que los géneros literarios no están exentos de filtraciones ideológicas. También sabemos que

Borges se decía argentino, pero en "Funes el memorioso" considera esta distinción como lamentable y no le atribuye mérito alguno: "El parecer de un mero aficionado argentino vale muy poco", dice en otra parte (Borges, 1980, II: 505).

En sus escritos encontramos de manera recurrente e incitante cierto asomo de desarraigo y desapego, disposición que busca resaltar su visión discrepante o, por lo menos, complementaria de algo que se pretende concluido y definitivo. En el mundo de las letras se conviene usualmente en que el escritor, en general, escribe desde un espacio, y al hacerlo, es-

cribe al mismo tiempo ese lugar; en la escritura a la que estamos más acostumbrados se trata de algo que —como el *onphalos* joyciano— está más bien dentro del sujeto, es el lugar que para el escritor se ha vuelto paradigma del mundo y por eso mismo impregna lo escrito, voluntaria o involuntariamente, con su sabor peculiar. Ese lugar se escribe, por decirlo así, a través del escritor, modelando su lenguaje, sus imágenes, sus conceptos. Ese lugar tiene que ver con los sitios reales en los que, por razones complejas, lo empírico constituye los modelos decisivos de lo imaginario. Pero ese "empírico" es en Borges algo cuestionable y poco definido; sus escritos no nos



delatan un lugar; por el contrario, acrecientan nuestra curiosidad; y tanto sus ficciones como el resto de sus obras no permiten que el lector quede atónito en la contemplación de algo definido. En Borges toda construcción literaria es acentuada como subjetiva por realista que ésta sea; ello sucede, tal vez, como reacción a la tendencia dominante de contraponerla a la realidad objetiva. La lectura de su obra nos mueve a pensar que el rechazo común a todo elemento ficticio en cualquier proposición no consolida necesariamente nuestros conocimientos ni constituye un criterio de verdad, puesto que el concepto mismo de verdad es incierto e inestable, al igual que las distinciones y las clasificaciones a las que somos tan propensos, no obstante que, en la práctica, todo intento de clasificación y de definición nos resulte limitado, porque lo que logramos no es más que un pequeño avance en el esfuerzo de poner orden en el mundo; no es más que el intento paradójico de etiquetar y de encasillar lo que se puede dar de menos tangible y organizable como la escritura del deseo, de la imaginación y de lo no racionalizable. Sin embargo, uno de los ejercicios preferidos de la crítica tradicional no deja de ser la definición de lo indefinible, casi siempre formulada negativamente en relación con un concepto universalmente aceptado de realidad y de normalidad.

Permítaseme aquí una digresión sobre lo que parece ser un punto central en la concepción borgesiana de la narración. A lo largo de su producción, Borges busca contradecir sistemáticamente todo intento de no-ficción cuya especificidad se basa supuestamente en la exclusión de todo rastro ficti-

cio. En su concepción de narración hay un rechazo abierto de la visión acabada y clara del acontecimiento, de la causalidad natural y de la plena inteligibilidad histórica que caracteriza al realismo;

aun en los casos en los que la intención de veracidad parece clara y los hechos son narrados con rigurosa exactitud, éstos no dejan de ser narrados en sus escritos por alguien que, cuando no se trata de narración testimonial, se apoya en lo que otros han dicho y, con ello, se desdibuja la objetividad pretendida, ya sea por la propensión de las fuentes a lo imaginario, ya sea por la heterogeneidad de los criterios interpretativos o ya sea por las turbulencias de sentido propias de toda construcción verbal.

No podemos soslayar que en la dicotomía a la que está acostumbrada nuestra

época, en la que se atribuye la verdad al campo de la realidad objetiva y, en contrapartida, se da a la ficción la dudosa calificación de lo subjetivo, persiste el problema central de la indeterminación que hallamos no sólo en la ficción relegada al terreno de lo inútil y lo caprichoso, sino también en la supuesta verdad objetiva y en los géneros que pretenden representarla. Por esta razón es admisible la versión de que Borges escribió ficciones para sugerir, entre otras cosas, que éstas son también un medio para tratar la complejidad de lo "real". Optó por la ficción justamente para poner en evidencia el carácter complejo de la experiencia humana, complejidad que si es limitada a lo verificable implica su reducción abusiva y su empobrecimiento. Al dar un salto hacia lo inverificable, la ficción multiplica al infinito las posibilidades de su tratamiento.



II

En las primeras palabras del prólogo a la clásica *Antología de relatos fantásticos*, Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares señalan que “viejas como el miedo, las ficciones fantásticas son anteriores a las letras” (1987: 5). Con esta frase y las que le siguen, los dos autores ponen en relieve la importancia de la fantasía, e insinúan que el estatuto de las mismas obras llamadas realistas no es otro que la ficción, porque se trata de la construcción de mundos tanto más fantásticos cuanto más miméticamente perfectos; no es sino la invención de caracteres que nunca han existido; no es más que la ideación de historias imaginarias, aunque éstas se originen en la experiencia. Algo no muy distinto dice Borges en relación con lo que comúnmente aceptamos como la realidad. En *La penúltima versión de la realidad* afirma que “Frente a la incalculable y enigmática realidad, no creo que la mera simetría de dos de sus clasificaciones humanas baste para dilucidarla y sea otra cosa que un vacío halago aritmético” (Borges, 1980, I: 130). Esto lo dice Borges en relación con un libro que pretendía explicar y clasificar la vida. Al tono assertivo del libro, Borges opone una actitud dubitativa que lo lleva a declarar lo siguiente:

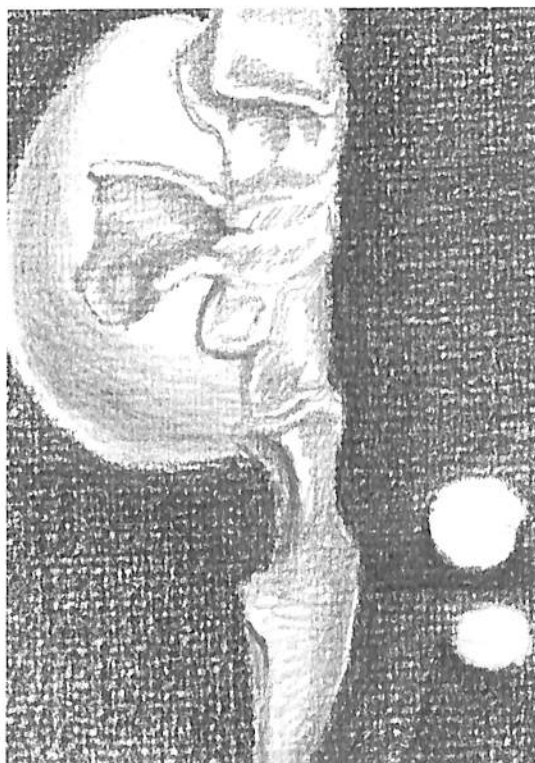
Creo que una observación elemental, aquí es permisible; la de lo sospechoso de una sabiduría que se funda, no sobre un pensamiento, sino sobre una mera comodidad clasificatoria, como lo son las tres dimensiones convencionales. Escribo convencionales, porque —separa-

damente— ninguna de las dimensiones existe: siempre se dan volúmenes, nunca superficies, líneas ni puntos. (Borges, 1980, I: 129)

En Borges la actitud crítica es persistente: siempre está abierto a otras posibilidades que, a su vez, generen nuevos interrogantes. Su actitud es de continua incursión en ámbitos que se presumen conocidos y dominados por el entendimiento y por el estudio de las autoridades en la materia. Algunos títulos de sus ensayos críticos son, en este sentido, de sobra elocuentes y lo que en ellos se alcanza no es una solución sino algo que puede ser discutido y rebatido. La crítica de Borges no da a sus propuestas patente de verdad absoluta y las ofrece como medio para renovar nuestro ejercicio de lectores, invitándonos a traspasar los simples límites asignados a la obra en cuestión. Borges rehúye la función del maestro que nos facilita el acceso a la obra, no acepta la labor de quien nos hace fácil el diálogo con ella y parece más bien so-

lazarse abandonándonos para que sigamos solos nuestra relación con el texto, rehúsa la crítica sabia que nos es cómoda porque nos dice todo. Borges no nos induce al arrobamiento de la construcción teórica ni nos introduce en los campos de la abstrusa y erudita terminología: nos mueve a la búsqueda de una nueva visión, pero no para consagrarla sino para interrogarla de nuevo.

En Borges todo pasa por su tamiz; en su proceder no hay supuestos intocables, así puedan ser éstos resoluciones de las cumbres más excelsas: si en la Biblia “Dios dicta, palabra por palabra, lo que se propone decir, esa premisa hace de la escritura un texto absoluto”, dice Borges, pero ante ella se pregunta “¿Cómo no interrogarla hasta lo absurdo, hasta lo prolijo numérico, según hizo la cábala? (Borges, 1980, I: 146).



Ante las figuras destacadas del pensamiento humano que han trazado derroteros de vigencia más o menos prolongada, Borges es más inquisitivo y hasta cáustico. En las líneas finales de *La penúltima versión de la realidad*, título que por cierto es indicativo, Borges cuestiona la visión común y considerada natural del espacio. Ante esa concepción discurre de la siguiente manera:

Vuelvo a la consideración metafísica. El espacio es un incidente en el tiempo y no una forma universal de intuición, como propuso Kant. Hay enteras provincias del ser que no lo requieren; las de la olfacción y audición.

(Borges, 1980, I: 132)

En seguida, recuerda al lector lo ya dicho por Spencer a este propósito:

Quien pensare que el olor y el sonido tienen por forma de intuición el espacio, fácilmente se convencerá de su error con sólo buscar el costado izquierdo o derecho de un sonido o con tratar de imaginarse un olor al revés. (*ibid.*)

Entonces, Borges reformula su recurrente opinión de que es difícil decir algo nuevo, porque casi todo ha sido ya dicho; señala que en relación con el espacio “Schopenhauer, con extravagancia menor y mayor pasión había declarado ya esa verdad” (Borges, 1980, I: 132). Sin embargo, a lo ya dicho Borges no resiste poner su granito de arena, como queriendo indicar con ello que lo ya dicho no es que se repita de manera inobjetable y definitiva; por el contrario, se dice de nuevo pero con algún agregado o modificación que lo mantiene válido. A lo dicho por Spencer y Schopenhauer, Borges añade:

Quiero complementar esas dos imaginaciones ilustres con una mía, que es derivación y facilitación de ellas. Imaginémonos que el entero género humano sólo se abasteciera de realidades mediante la audición y el olfato. Imaginémonos anuladas así las percepciones oculares, táctiles y gustativas y el espacio que estas definen. Imaginémonos también —crecimiento lógico— una más afinada percepción de lo que registran los sentidos restantes. La huma-

nidad —tan afantasmada a nuestro parecer por esta catástrofe— seguiría urdiendo su historia. La humanidad se olvidaría de que hubo espacio. La vida, dentro de su no gravosa ceguera y su incorporeidad, sería tan apasionada y precisa como la nuestra. (Borges, 1980, I: 133)

A partir de 1954, a causa de la progresiva pérdida de sus facultades visuales, Borges se vio obligado a leer a través de otra persona; en estas circunstancias tal vez descubrió con mayor claridad que en la experiencia de la lectura a través de otro, la mente trabaja de modo diferente y puede llegar a pensar que el tiempo fluye de otra manera, cerrados los ojos a la insidia de lo obvio —como diría él—, la mirada se abre a otro tiempo, a otro espacio también. En esas nuevas circunstancias, Borges parece mirar con ojos de quien, ante todo, persigue el sentido como destino, mira con ojos de quien no teme aventurarse por la región de las sombras donde todo encuentro supone una iluminación.

Borges advierte reiteradamente que el ejercicio de la crítica se nutre de conocimiento y de ideas, pero también indica que ambiciona algo más al superar la letra como valor incuestionable y al considerar como poco beneficiosa toda explicación que es propuesta como definitiva.

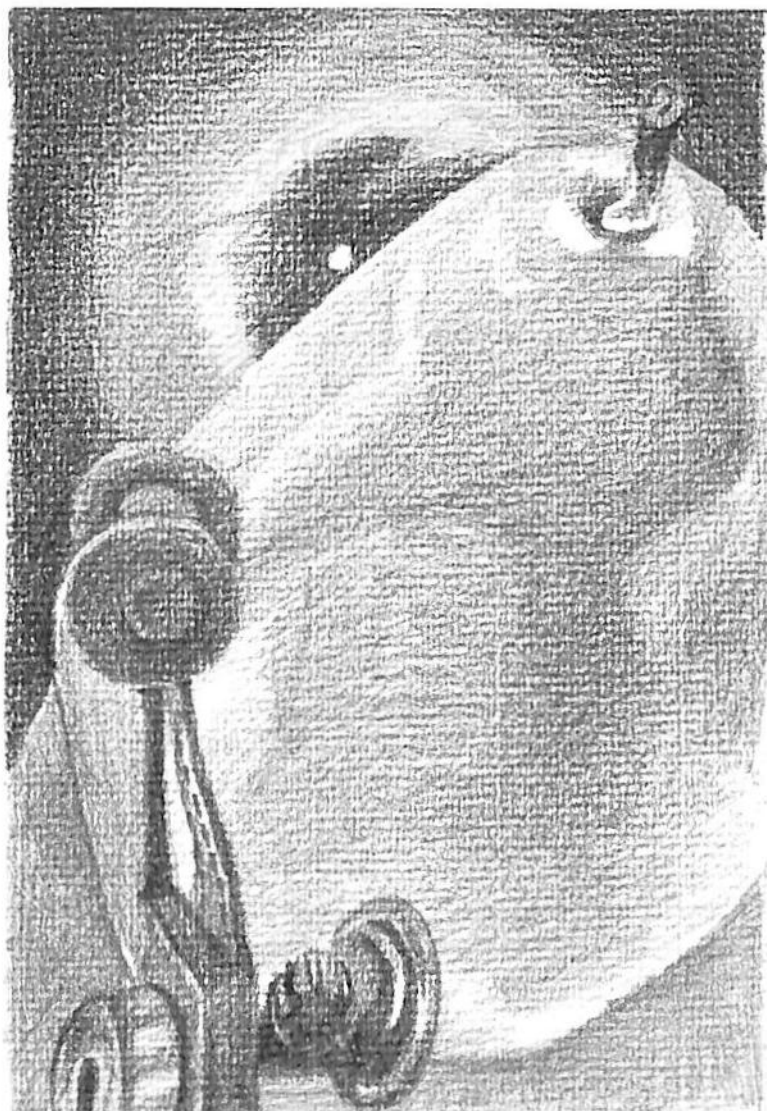
Desde sus primeros escritos de crítica, Borges acentúa una postura que todo lo cuestiona, y en esa disposición deconstruye lo que alguien ha llamado la “cultura de cátedra”. Algunos títulos de sus trabajos son reveladores de este propósito, como *La penúltima versión de la realidad* (1928) y *La postulación de la realidad* (1931). Este último escrito, con su admirado laconismo y con la belleza de sus frases, desarrolladas por una inteligencia imaginativa y una imaginación razonada, es desde su inicio una buena muestra de su actitud crítica, en la que considera la realidad como postulación:

Hume notó para siempre que los argumentos de Berkeley no admiten la menor réplica y no producen la menor convicción; yo desearía, para eliminar las de Croce, una sentencia no menos educada y mortal. La de Hume no me

sirve, porque la diáfana doctrina de Croce tiene la facultad de persuadir, aunque ésta sea la única. Su defecto es ser inmanejable; sirve para cortar una discusión, no para resolverla.

(Borges, 1980, I: 153)

Borges, como algunos de sus colegas latinoamericanos —sobre todo Alfonso Reyes— parece movido por el deseo de invalidar con razones humanas la momentánea fe que exige de nosotros el arte, nos despierta también de la cómoda y seductora tendencia a depositar nuestra confianza en paradigmas que figuran como decisivos y que han favorecido el mito de la teoría y de la cientificidad, que han fomentado la reverencia a los dogmas académicos y la aceptación de lenguajes presuntamente irrefutables y superiores que nos hacen delegar nuestra responsabilidad en ellos. La crítica de Borges, a la vez que los redimensiona, evita ofrecernos alternativas acabadas y más bien nos presenta medios para renovar nuestro ejercicio de lectores, porque leer es una experiencia que —como narrar— saca al individuo de sí para que acabe encontrándose consigo mismo: leer es crear, es vivir. El lector de verdad crítico contradice su objetivo si tiene como propósito el regreso a las fuentes, el respeto a la tradición o la meticulosa observancia de un método. Tanto en la escritura como en la lectura el sujeto consigue descubrir un secreto o una verdad a medias sobre sí mismo, se entrega a sus propios sueños, para sacar fruto de ellos al compartir con los otros esa existencia "otra" en el mundo nebuloso y de ensueño en el cual se ha atrevido a ingresar. La lectura que Borges nos sugiere es para practicarse sin pedir seguridades, es una lectura atenta a sus sugerencias, porque un libro es más que una estructura verbal; es el diálogo que entabla con su lector. LC



BIBLIOGRAFÍA

- Borges, Jorge Luis (1980). *Prosa Completa*, Barcelona, Bruquera, 2 T.
— y Adolfo Bioy Casares (1987). *Antología de relatos fantásticos*, México, Hermes.